

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Con igual resignación que sufren los parisienses las molestias inherentes a la organización de su teatro, aguantan las parisienses—y las que no lo son—las impertinencias de una moda que parece ideada por algún enemigo del sexo, algún misógino que se recrea en atar a la mujer, despojándola a un tiempo de su libertad de movimientos... y de su ropa. Si; el objeto de la moda actual no es precisamente vestir..., sino quizás todo lo contrario.

No sé quién ha dicho, con escasa galantería, que las mujeres no tienen el pensamiento en la cabeza, sino en el sombrero. Quizás para acrecentar la extensión y altura de sus pensamientos, las mujeres han dado tal desarrollo a la prenda más inútil y estorbo de cuantas usan, reduciendo en cambio las demás a la mínima expresión, a lo que exige, no sé si diga el pudor, pero, para salvar la situación con un eufemismo, digamos que el estado de civilización presente.

Un traje de hoy es una cáscara de cebolla, un poco de aire tejido, un papel de seda, una envoltura transparente de crisálida. Debajo de él, nada: el cuerpo.—Claro es que me refiero a los trajes «de vestir».—Pero considérese que, aun yendo en coche, aun cubriéndose por encima con un abrigo, dado el frío que hace en París (hemos tiritado en pleno mayo), hay mucho que queda indefenso, hay un peligro de resfriarse por el vientre, por las piernas, por un brazo, por un pie. En efecto, lo que realmente abriga y protege de la inclemencia del tiempo está vedado, excepto las pieles caras. No todo el mundo las posee. Y los abrigos mismos, tocados del contagio de la locura, son una especie de neblina vaporosa. En *La viuda alegre*, las actrices sacan abrigos (?) inmensos de tul y de gasa, sin más forro ni más consistencia. Y ya se sabe que las actrices ponen la moda, y debemos prepararnos a tan práctica innovación, cuando se acerque la época de las pulmonías...

Todo parece pesado, todo lo encuentran poco *souple*; el afán es suprimir volumen y peso. Un vestido es una pluma; un abrigo, una ilusión; una falda bajera, un sueño... Las medias son caladas de arriba abajo; los boas parece que van a levantar el vuelo y perderse en el espacio... No hablemos de las *suits* y de otras prendas más íntimas; así como se ha dicho que en la catedral de León la piedra es un pretexto para el vidrio, en la ropa interior actual la tela es el pretexto del encaje...

Y—según pasó con los libros de las Sibilas—á medida que abulta menos, la ropa va costando más. Parecería natural que si un vestido no lleva ni forro, ni ballenas, ni bajo, ni barredera, ni casi adornos, mangas ni volantes, sólo la tela, en forma lo más «Tanagra» posible, esta economía de material representase otra de moneda... ¡Quia! No hay que esperar. El día en que la vestimenta de la mujer se haya reducido á unas guirnalda de glicinia ó de violetas artificiales contorneando el busto y la cadera (no asombrarse, á eso se tiende), las florecillas, dispuestas y agrupadas por mano hábil, costarán los mismos cientos de francos que cuestan las fundas de hoy...

Al lado de las mujeres vestidas por el céfiro y el

favonio, hay, es cierto, otras que han adoptado el paño varonil, á todo pasto, y con una clase de hechura que les presta vaga silueta de clérigos protestantes. Una falda ceñidísima; una levita larga y sosa, sin más adorno que desafortunados botones; unos zapatos de enorme hebilla, que completan el aire eclesiástico; un sombrero de alta copa y ancha ala, que tampoco desdice del conjunto, como no desdice la plegada chorrera blanca, única nota clara de este atavío. Así andan las que no son «Tanagras», ni «Josefinas», ni «Récamieras». Parecen, lo repito, unos curitas, ó como diría un personaje del Padre Coloma, «unos indecentillos muy monos».

Y claro está—y conviene repetirlo, porque en esto existen ideas muy erróneas,—después de tantas tiranías de la moda, en París hay mucha gente que se viste como le da la gana, sin que nadie halle nada que objetar. Quizás esto sea peculiar de las grandes ciudades cosmopolitas, como lo es de los pueblos de horizonte angosto la intolerancia y la extrañeza ante la ropa, si difiere de la que todos usan. En Madrid recuerdo que corrían, ó poco menos, á las congresistas extranjeras que ostentaban botas muy grandes, boinas muy sencillas y faldas muy cortas. Aquí en París, cada cual hace en este respecto lo que le viene bien. He visto á una señora anciana, muy anciana, apoyada en un báculo, cubierta con un desmesurado capote de dos esclavinas, debajo del cual no llevaba más que unos pantalones anchísimos, de paño negro. Esto era en la calle de Sévres, á las doce del día. Tal vez la pobre vieja temiese engancharse las faldas al subir ó bajar al omnibus; tal vez el médico la había aconsejado abrigo... Ello es que al exterior vestía pantalones. Y nadie se burlaba de ella; y nadie volvía la cabeza, ni rezongaba con la insolencia de la plebe y aun de los señoritos de Madrid. En Madrid, á la anciana de los pantalones la hubiesen apedreado.

Sabido es que Madame Dieulafoy, que acompañó á su marido á exploraciones científicas, ha conservado la costumbre de vestirse de hombre; nadie la critica por eso. En las calles parisienses se ven moros, turcos, armenios, indios, con su traje nacional; una dama inglesa se hace seguir por tres criados cingaleses, las criadas envueltas en sus velos que las recatan, el criado con su turbante..., y la rara comitiva no excita ni curiosidad. ¿Qué pasaría aquí en la capital de España, donde hasta una señora que va á pie por la calle, vestida modestamente, es objeto de inquisición y acoso, como si se tratase de algún bicho raro?

De suerte que debo rectificar: si la moda es tiránica, París se ríe, en el fondo, de esa moda, que le permite imponer tributos al mundo entero.

Hace la ley, y la abroga; promulga el decreto, y lo desdén. La población laboriosa de París, en cualquier esfera, no esclaviza el trabajo ni la higiene á caprichos de exportación y á farsas escénicas.

La simpática libertad de París es uno de los elementos con que cuenta para atraer á los turistas. Una capital intransigente y fiscalizadora repele, y una culta y benevolente llama y retiene con apacible encanto.

No puede negarse que en Francia existe una lucha moral, íntima, un conflicto de opiniones y de ideas. Si se dudase, bastaría para convencerse subir á Montmartre, al magnífico templo todavía en construcción del *Sacré Cœur*, y mirar ese monumento erigido al caballero de la Barre, protesta de los librepensadores contra la basílica, colocado allí como para desafiarla, como una provocación violenta. Bastaría ver que hubo quien arrojase al suelo las coronas de flores ofrecidas á Juana de Arco por sus devotos, y tuvo valor de enlodar la ofrenda á la Virgen de la patria, que debiera ser sagrada para todo francés. La lucha, sin embargo, no altera la ecuanimidad de París hasta inspirarle nada que signifique un vejamen á las personas. Se respeta el derecho de cada uno, quizás por hábito, antes que por legal prescripción. La tolerancia está en las costumbres, y es donde hace falta que esté. He notado que las monjas son respetadas, y que andan mucho por la calle, y que ni aun van por parejas, y que se suben al tranvía, y comen en los restaurantes, y compran en los grandes almacenes, y hacen cuanto les acomoda.

También me he fijado en los chiquillos... Están infinitamente mejor criados que en España, por lo general (no niego las excepciones). En París no hay golfos. No os persiguen los desarrapados. No se llevan por las calles, á horas inconvenientes, los niños de pecho para excitar la compasión. A la puerta de los teatros no os acechan chicuelos pálidos y harapientos para lograr una perrilla. Sólo á la salida de *Apollo*, donde se representa *La viuda alegre*, se destacó un mozalbete ofreciéndose á llamar un coche. Y como si quisiese confirmarme en mi modo de ver,

me habló en español. Probablemente era nacido más allá del Pirineo...

Existirán en París pobres á millares; la miseria se cebará en esta gente, no lo discuto. Pero al menos, el espectáculo de la mendicidad se ha evitado, y supongo que sin medidas violentas, organizando bien los socorros, que se distribuyen sin cesar.

No me han pedido limosna en París, al menos verbalmente—pues hay pordioseros, pocos, que se limitan á tender la mano,—sino á la puerta del templo de la Magdalena, al salir de la misa de los españoles. Una voz lastimera... «La pobrecita ciega española...» Sentí una bocanada de aire patrio. Pero también la ciegucecita española ha respirado el del Sena. Vedla tan limpia, tan arreglada, tan decorosa... Nota en ella igual transformación que he notado en Burdeos en los barquilleros, que eran santanderinos, en la horchatera valenciana que despacha sorbetes á la puerta del magnífico Jardín público. La horchatera viste pulcramente; su peinado es sencillo y gentil; sus sobremangas y su delantal, de níveo lino; los trastos de su comercio relucen, y su niño, criatura de ocho años, que vende confites de limón, gasta un cuello blanco deslumbrador, correcto. Bajo su atavío francés, la horchatera esconde un espíritu de protesta contra Francia. Le indigna que desprecien la horchata de chufas, prefiriendo unos jaropes repugnantes. ¡No conocer la horchata! Y yo recuerdo que Teófilo Gautier la ha dedicado un himno entusiasta, pero Gautier tenía mucho de español y de oriental.

Hasta los barrenderos procuran, en Francia, decentarse. Los mozos de las estaciones van muy aseados, con su holgada blusa. Las sirvientas de los Duval están immaculadas de mandil y gorro. Es obligatoria para altos y bajos, en el comercio, la *tenue*. Y las madamiselas, en las casas de las modistas, son muy elegantes, muy *chic*, aunque no oficien de maniqués. Yo no sé de dónde sale tanto copioso pelo rubio, tanta funda de seda negra, tanta peinetilla primorosa, tanto calzado fino. Dan ganas de preguntarle, si no fuese cosa averiguada que no deben hacerse preguntas indiscretas: «¿Pero usted cubre gastos con el sueldo?»

No pasa un día por París, ni se nota en la gran ciudad ese cansancio de hacer la misma cosa siempre bien, que á la larga sienten los pueblos como los hombres. Lo único que me ha parecido descuidado en París, y hasta abandonado, es el clásico, el viejo Jardín de plantas. Creo que la prensa ha advertido la decadencia de lo que puede llamarse una institución parisiense, y clama porque se remedie tal estado de cosas. El Jardín presenta, en efecto, un aspecto lamentable. Casi no hay fieras. Un león pelado y viejo se aburre en una jaula inmundicia. Varios monos llenos de mugre se pelean, antes de sucumbir á la rápida tisis que diezma á su raza. El dromedario parece un felpudo. Los pájaros están tristes; no alegran, no revolotean, no cantan. Hasta los papagayos y cacatúas afectan un mal humor desdeñoso; y los osos, en su fosa, revelan en su actitud una añoranza profunda... No hay nada más caro de sostener que una casa de fieras, pues se le ha de ofrecer á cada animalito una reducción de las condiciones de su vida natural. El *Zoological Garden* de Londres cuesta sumas inmensas. En París, el presupuesto del Jardín de plantas con todas sus dependencias no excede de unos trescientos mil y pico de francos, que no es nada para el asunto. Los animales exigen cuidados infinitos y gran inteligencia en el personal que los atiende. Pero no hay nada más bonito y gracioso que un animal sano, limpio, joven, manso, que asoma la cabeza por los hierros de su prisión para recibir el pan que se le brinda. Las gacelas, las alpacas, los borriquillos africanos, las jirafas, tienen formas deliciosas y movimientos que reclaman el pincel de Rosa Bonheur. Un animal roñoso, sucio, enfermo, con las lanas pegadas y los ojos melancólicos, es un cuadro desconsolador. Con decir que los bichos disecados parecen más vivientes que los vivos...

No es esta la única señal de desmayo que noto en la *Ville Lumière*. El ferrocarril metropolitano, que será muy útil, pero es muy antipático, tiene á París convertido en un polvo. Y no es eso lo peor, sino que bastantes edificios se han agrietado y amenazan ruina: el Ministerio de *Travaux publics* dicen que está apuntalado, á causa de la incesante trepidación del dragón subterráneo, que conmueve los cimientos de los edificios. La vida de París, no cabiendo ya en la superficie, se refugia en las entrañas de la ciudad minada. El suelo tiembla y se estremece. Tiene algo de simbólico, y parece un signo de la crisis social, este ferrocarril cuyo pavimento resplandece de partículas de mica que en la sombra remedan diamantes, y cuyo paso escondido va destruyendo á París.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.